

Vida de Descartes.

Renato Descartes (1596-1650) nace en La Haye (en la provincia francesa de La antigua Turena). Estudia desde los 10 a los 19 años en el famoso colegio de "La Flèche", un centro dirigido a la formación de los jóvenes pertenecientes a la nobleza. El colegio estaba dirigido por los jesuitas y en él se impartía una formación mucho más moderna que en La Sorbona y que en el resto de las universidades tradicionales. Además de los estudios de Humanidades y filosofía, en La Flèche se daba mucha importancia a las matemáticas, no sólo teóricas, sino también prácticas, dado que se explicaban conocimientos de física (mecánica), topografía y óptica (todos ellos basados en las matemáticas). A pesar de todo, el conjunto de la enseñanza seguía las líneas de la "escolástica" tradicional. Por eso, al terminar sus estudios en "La Flèche", Descartes quiso olvidar todo lo que allí aprendió (con excepción de las matemáticas).

Finalizada esta etapa accede a la Universidad para cursar la carrera de Derecho en Poitiers, licenciándose en 1616. A pesar de poseer el título no ejercerá nunca la carrera judicial: su posición económica desahogada le permitirá dedicarse a "otros asuntos más interesantes y saludables para su cuerpo y para su espíritu". Entre estos "asuntos" destaca la danza, la equitación y la esgrima, técnicas en las que se empleó tras su paso por la universidad.

En 1618 le vemos enrolado en la milicia, combatiendo en la guerra de los Treinta Años (guerra protagonizada por protestantes y católicos (1618-1648)). Como nota curiosa, decir que primero participó en el bando protestante y después en el católico. Pero como lo suyo era la preocupación por el saber, entre guerra y guerra, y aprovechando los momentos de tregua, dedica su tiempo libre a estudiar matemáticas y física.



Cansado de tanta guerra, el 10 de noviembre de 1619 tiene varios "sueños" que le convencen de que su misión es "la búsqueda de la verdad mediante el empleo de la razón". Por esta razón, a partir de 1620 se dedica a viajar por Europa, buscando "aprender en el libro del mundo". Años más tarde lo encontramos en París, llevando una vida de "gentilhombre". En 1628 parte para Holanda (el país más tolerante de Europa) para llevar una vida más dedicada al estudio. Allí permanece hasta 1649. En ese período aparecen el "Discurso del Método" (1637) y las "Meditaciones Metafísicas" (1641). Al producirse la condena de

Galileo por parte de la Iglesia, suspende la publicación de su "Tratado del Mundo" (donde sostiene doctrinas por las que podía correr peligro su integridad física).

En 1649 la reina Cristina de Suecia (una gran interesada por la ciencia y la filosofía), que ya mantenía una correspondencia interesante con Descartes, lo llama a Estocolmo. El frío clima de Suecia y el abusivo horario (tenía que levantarse a las cinco de la mañana debido al interés que tenía la reina por aprender) acaban con Descartes, que muere de una pulmonía el 11 de febrero del año 1650. Por lo menos, esto era lo que se creía hasta hace no mucho; y es que Descartes pudo haber muerto envenenado con arsénico.

Descartes y el racionalismo

Descartes ha pasado a la historia como el "**padre de la filosofía moderna** (siglo XVII), al situar al "*sujeto*" o "*yo*" en el centro de la reflexión filosófica. Si en la filosofía antigua y medieval la preocupación fundamental era conocer la **realidad**, en la filosofía moderna lo será el **sujeto** que conoce la realidad (*problema del conocimiento*).

Descartes pertenece a la **corriente racionalista** de la filosofía, en cuyas filas cabe destacar a Spinoza y a Leibniz. Las principales características de esta corriente son las siguientes:

- El **mundo tiene una estructura racional (matemática)**. Dios ha creado el mundo empleando un **lenguaje racional (matemático)**.
- **Confianza absoluta en la razón humana**, de cara a desentrañar los misterios del hombre y de la realidad. La razón humana lo puede todo, dado que tiene dentro de sí todas las verdades (*verdades innatas*).
- El **origen, la fuente y los límites del conocimiento, están en la razón humana** (en las verdades que ella posee), no en la experiencia (se produce de este modo una *devaluación de la experiencia*).
- La razón humana puede engañarse cuando se fía de la "**experiencia ingenua**", pero no se equivoca cuando sigue los principios de la razón.
- Utilización del **método matemático** (= deductivo) en la filosofía: **a partir de una primera verdad, objeto de intuición (= una evidencia), se deducen todos los conocimientos.**

Pensamiento.

Descartes, filósofo racionalista del siglo XVII, ha pasado a la historia como el “padre” de la filosofía moderna, al situar al “sujeto” o “yo” en el centro de la reflexión filosófica. Perteneció a la **corriente racionalista** de la filosofía, en cuyas filas cabe destacar a Spinoza y a Leibniz. Nuestro autor vive en una **época de crisis, de grandes cambios**, en la que las certezas que en el pasado se creían inamovibles (geocentrismo), se vienen abajo con la **Revolución científica**. Por lo que se refiere a la **filosofía del momento** (la escolástica), el panorama es un tanto desolador: todo es objeto de disputa y, por tanto, dudoso¹, algo que contrasta con la **evidencia** y **certeza** que ofrecen las **matemáticas** y con el avance imparable de la **Ciencia Moderna** (física) en manos de Galileo. Éste será el motivo que impulse a Descartes a **hacer de la filosofía una “ciencia estricta”**.

En este sentido, el proyecto cartesiano busca crear una **Ciencia Universal** (“*Mathesis universalis*”) **inspirada en las matemáticas**. Dicha ciencia será semejante a un árbol: las raíces corresponderán a la **metafísica (filosofía)**; el tronco a la física y en las ramas se situarán el resto de las ciencias (la medicina, la moral...).

Para la elaboración de dicha ciencia será necesario dotar a la filosofía de un **método** tan preciso y riguroso como el de las matemáticas. Por este motivo, el “**problema del método**” se convierte en una cuestión prioritaria en la filosofía moderna, no sólo para Descartes y el racionalismo, sino también para el empirismo².

Por **método**, Descartes entiende un “*conjunto de reglas para la dirección de la mente*”, cuya finalidad no es otra que *distinguir en todo momento lo verdadero de lo falso y alcanzar la verdad de un modo fácil* (sin esfuerzos inútiles o estériles)³. El método cartesiano se inspira en las **matemáticas**, es **deductivo** y consta de **cuatro reglas**.

1. La primera es la de la **evidencia**⁴, según la cual solo se aceptará como verdadero aquello que sea evidente; esto es: aquello que se presente a la mente de una forma clara (no dudosa) y distinta (separado de otras ideas).
2. La segunda es la regla del **análisis** y consiste en “*dividir las cuestiones (= problemas) que se han de examinar, en el mayor número de partes posibles y necesarias para resolverlas mejor*”. Con ello, Descartes busca las **ideas simples** (*claras y distintas*), objeto de **intuición**, con el fin de levantar sobre ellas el “edificio del saber”.
3. La regla de la **síntesis** (tercera regla) habla de “*conducir ordenadamente los pensamientos, empezando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ir ascendiendo poco a poco, gradualmente, hasta el conocimiento de los más complejos*”. Es el camino de la **deducción**, entendida ésta como una “cadena de intuiciones” o ideas simples.
4. Por último, la regla de la **comprobación** nos obliga a revisar el proceso con el fin de estar seguro de no olvidar nada en el proceso del análisis y de la síntesis.



¹ Para Descartes todo lo que en filosofía se había considerado como verdadero hasta el momento, no pasaba de ser más que un conjunto de *enunciados más o menos verosímiles*; esto es: *conjeturas probables*, en modo alguno un verdadero conocimiento.

² Descartes parte de un principio fundamental: que el buen sentido o **la razón**, que es *la capacidad de juzgar bien y de distinguir lo verdadero de lo falso*, es naturalmente **igual en todos los hombres**. La diversidad de opiniones se debe tan sólo a que conducimos nuestros pensamientos por distintos caminos. El problema que afronta Descartes para salir de la parálisis en que se encuentra la filosofía, será el de **dirigir bien la razón** y esto sólo es posible **encontrando el método adecuado para hacer filosofía**.

³ “*...entendiendo por método reglas ciertas y fáciles, mediante las cuales el que las observe exactamente no tomará nunca nada falso por verdadero y, no empleando inútilmente ningún esfuerzo de la mente, sino aumentando siempre gradualmente su ciencia, llegará al conocimiento verdadero de todo aquello que es capaz*” (R.IV).

⁴ “*La primera es la de no aceptar como verdadera cosa alguna que no sea evidente, (...) esto es: aceptar sólo aquello que se presentase tan clara y distintamente a mi espíritu que no hubiera ninguna ocasión de ponerlo en duda*” (DM. II)

De esta forma, Descartes distingue **dos formas válidas de conocimiento** o formas de proceder de la mente:

- La **intuición o luz natural**, que nos permite conocer (o intuir) **ideas simples**, de un modo “claro y distinto” (= evidente).
- Y la **deducción**, que consiste en relacionar o conectar dos o más intuiciones entre sí, prolongando la evidencia más allá de lo inicialmente conocido. De este modo, la deducción nos permite llegar a verdades complejas a partir de ideas simples (la deducción aparece así como “cadena de intuiciones”)⁵.

Pero para echar a andar este método, necesitamos partir de una **primera evidencia**, objeto de **intuición**, con el fin de “levantar” sobre ella todo el “edificio del saber” o filosofía.

Para tal fin, Descartes plantea la **duda metódica**. Consiste en **dudar sistemáticamente** (por sistema o “como método”) de todo **aquello que no sea “evidente”** (esto es, claro (= no dudoso) y distinto (= simple))⁶, con el fin de hallar esa primera verdad. Se trata de una **duda teórica, no real, metódica y radical**, e incluye diversos “motivos de duda” que, de un modo escalonado, nos llevan hasta la máxima radicalidad.

1. En primer lugar, nuestro autor **duda de la fiabilidad de los sentidos** (o de la verdad de las percepciones sensibles, tomadas aisladamente: color, forma...)⁷

“Todo lo que he admitido hasta el presente como más seguro y más verdadero lo he aprendido de los sentidos o por los sentidos; ahora bien, he experimentado que, a veces, tales sentidos me engañan, y es prudente no fiarse nunca por completo de quienes nos han engañado alguna vez”

La duda acerca de la fiabilidad de los sentidos, lleva a Descartes a rechazar la certeza de las sensaciones o percepciones simples, (color, forma, tamaño...). La **primera verdad** que buscamos (*algo de lo que no sea posible dudar*), **no puede, por tanto, venir de los sentidos**.



2. A partir de aquí, Descartes va a llevar la duda más lejos con la **hipótesis del sueño** o la **no distinción entre sueño y vigilia**⁸.

⁵ “Siguiendo el modelo de las matemáticas, los racionalistas establecen como ideal del conocimiento “el sistema deductivo”. Recordemos que la deducción es un razonamiento que alcanza una conclusión necesaria a partir de unas proposiciones primeras y generales. Si estas proposiciones son verdaderas, la conclusión también lo será. La pretensión de los racionalistas será, pues, partir de unos principios universales, absolutos y evidentes de por sí, y deducir de ellos el resto de las verdades” (AA.VV, “Descartes, Discurso del método”, Editorial Diálogo, Valencia, 1999, pp. 35-36).

⁶ La duda metódica **no** debe entenderse como una **duda real**. Me explico: no es que Descartes dude realmente de, por ejemplo, si el mundo que nos rodea existe o si, por el contrario, no es más que un producto de mi mente (un “sueño”). Se trata más bien de un “instrumento”, de un “método” con el que poder depurar todas aquellas presuntas verdades o certezas, con el fin de hallar, cuando menos **una** absolutamente evidente (una de la que no se pueda dudar, incluso en la hipótesis más descabellada e inverosímil).

⁷ Los sentidos nos ponen en contacto con el mundo material y nos proporcionan un conocimiento de las cosas que solemos aceptar como verdadero. Pero también sabemos que, a veces, los sentidos nos engañan. Efectivamente, existe un gran número de ilusiones y alteraciones perceptivas como, por ejemplo, cuando sumergimos un palo en el agua y lo vemos “quebrado”, y, sin embargo, sabemos que está entero. O cuando, por ejemplo, vemos desde lejos una torre redonda que, cuando nos acercamos un poco más, nos damos cuenta de que es cuadrada. Estos hechos son innegables. Pero..., ¿cómo saber que no nos engañan siempre? Sin lugar a dudas todos coincidiremos en que no nos engañan siempre. No obstante, dado que Descartes busca una primera verdad “absolutamente cierta” (algo de lo que no se pueda “dudar” en ningún momento), con el fin de levantar sobre ella el resto de los conocimientos, concluirá diciendo que esa primera verdad no puede provenir de los sentidos.

*“En innumerables ocasiones he soñado que estaba aquí mismo, vestido junto al fuego, cuando en realidad estaba durmiendo en la cama. En este momento, estoy seguro de que estoy despierto mirando este papel... Pero, pensándolo mejor, recuerdo haber sido engañado, mientras dormía, por ilusiones semejantes. Y profundizando en esta idea, veo de un modo tan **claro** que no hay indicios concluyentes, ni señales que basten para **distinguir con claridad** el sueño de la vigilia, que acabo atónito, y mi sorpresa es tal que casi puedo convencerme de que estoy durmiendo” (Meditación Primera)*



Tenemos así que no sólo debemos dudar de que las cosas sean como las percibimos, **sino de su misma existencia**. Este motivo de duda nos lleva a rechazar la absoluta seguridad (o certeza) sobre la **existencia de nuestro cuerpo y de un mundo material fuera de nuestra mente** (objeto de estudio de la física).

3. La hipótesis del **genio maligno** o “**duda hiperbólica**”.

Descartes plantea, a modo de hipótesis (improbable, pero no por ello imposible), la idea de que hayamos sido creados por un “**genio maligno**” que, en el colmo de la maldad, haya hecho nuestra inteligencia de tal manera que se equivoque cuando piensa que ha alcanzado la verdad. Los motivos de duda afectan en este caso, a **todos** nuestros conocimientos, incluidas las **verdades matemáticas** (consideradas hasta el momento como modelo de evidencia o de verdad-).

*“Así pues, **supondré** que hay, no un verdadero dios, sino cierto **genio maligno**, tan poderoso como engañador, el cual ha empleado todas sus artes para engañarme”.*

En conclusión: la duda radical (duda metódica) ha llevado a Descartes a rechazar como evidente el conocimiento en su totalidad: desde las percepciones e impresiones más simples, pasando por la existencia del mundo y del propio cuerpo, hasta las mismas verdades matemáticas. No parece haber una “verdad” o “certeza”

que quede a salvo de la “duda”. Será en este momento cuando Descartes, alcance la **intuición** de la tan deseada **certeza: “Cogito, ergo sum” (“Pienso, luego existo”)**

“Inmediatamente después me di cuenta de que, mientras quería pensar de ese modo que todo era falso, era necesario que yo, que a fin de cuentas era quien lo pensaba, fuera alguna cosa; y dándome cuenta de que esta verdad (“yo pienso, luego soy” (= existo)), eran tan firme y tan segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de hacerla tambalear, juzgué que podía admitirla, sin escrúpulos como el primer principio de la filosofía que buscaba” (D.M. 4ª parte).



En resumen: todo lo que pienso puede ser falso (incluidas las verdades matemáticas), pero de lo que no cabe duda es del hecho de que *yo dudo*, esto es: de que *pienso*. Mi existencia como “*sujeto pensante*” está más allá de cualquier posibilidad de duda. Consecuentemente esta afirmación (absolutamente clara y distinta) ha de ser **la primera verdad**.

De momento sólo podemos tener certeza de una cosa: de nuestra existencia como **cosas** (“res” = sustancias) **pensantes** (“cogitans”). Ahora bien: como seres pensantes que somos, **tenemos ideas o contenidos mentales**. ¿Qué pasa con dichas ideas? ¿Tienen alguna realidad? ¿Existen los objetos a los que ellas se refieren?⁹

⁸ Todos tenemos la experiencia de haber tenido sueños tan vivos que nos parecían reales. Sólo al despertar descubrimos que eran un sueño. Esto nos permite pensar que podemos estar dormidos y que las percepciones sobre nosotros mismos y el mundo que nos rodean, tan sólo son un “sueño” producto de nuestra mente.

⁹ Para Descartes, lo único de lo que podemos estar ciertos (certeza) es de la existencia de mi yo pensante (“res cogitans”), con una serie de ideas o contenidos mentales. Dicho esto, no hay certeza alguna de que dichos

Descartes, se ve obligado en este momento a “reconstruir” lo que antes había “de-construido” con la duda. Se trata de **recuperar el mundo material**, lanzando “un puente” entre el “yo-pensante” y las cosas. Para ello nuestro autor recurrirá a **dios**. Dios será quien garantice la realidad u objetividad de mis ideas (= representaciones) sobre el mundo.

DIOS: LA SUSTANCIA INFINITA.

Para entender cómo Descartes llega a dios, es necesario entender la distinción que establece acerca de las “**ideas**” o “**contenidos mentales**”. Las ideas, en tanto que actos de pensamiento, son todas iguales; pero si tenemos en cuenta su **contenido objetivo** (esto es: **su procedencia**), pueden ser clasificadas en tres grupos.

1. **Las ideas adventicias** son todas aquellas que **tendemos a creer** que proceden de la **experiencia**. Representan (en principio) objetos que están fuera de la mente y que adquirimos por medio de la experiencia. Entre ellas están las ideas de “piedra”, “árbol”...
2. **Las ideas “ficticias”** (de “*factum*”) son aquellas que proceden del propio sujeto, en tanto que invenciones o construcciones nuestras. Ejemplo de las mismas sería la idea de “sirena”, “marciano”...
3. **Por último, las ideas innatas** son aquellas que **no proceden de la experiencia y que tan poco son una invención del sujeto**. Son *innatas* dado que están en la mente humana desde nuestro nacimiento. Entre ellas está la del “cogito” y otra que para Descartes es fundamental: **la idea de “infinito”** (“*res infinita*”), idea a la que Descartes identifica con **dios**.

A partir de aquí (de la idea innata de “infinitud”), Descartes va a intentar **demostrar la existencia de dios**.

Si dicha idea es realmente es innata, esto es, si es evidente (clara y distinta, y sin posibilidad alguna de duda), habrá logrado romper la soledad del “cogito”. Será el primer paso para llegar al “mundo”, un mundo *perdido* en el proceso de la duda.

La demostración de la existencia de dios.

Según Descartes, la nota o característica fundamental de dios es la “infinitud” (**dios es “infinito”**, mientras que el resto de las sustancias son “finitas”). La cuestión es si la idea de “infinito” es o no innata. Descartes cree que sí y ofrece dos argumentos:

1. **Prueba ontológica** (se trata del argumento ontológico, muy similar al de san Anselmo). Según Descartes, es verdad aquello que percibimos de forma clara y distinta (primera regla del método). Por ejemplo: de un triángulo percibimos clara y distintamente que sus ángulos suman dos rectos; por lo tanto, esto es verdad. Pero en la idea de triángulo no percibimos “clara y distintamente” que tenga que existir en la realidad. Su existencia no se puede “intuir” a partir de la noción de triángulo. En cambio, en la noción de dios sí va incluida su existencia ¿Por qué? Porque en la noción de dios va incluida la idea de un *ser necesario e infinito*. Pues bien: dado que la no existencia de dios es una **limitación o finitud**, Descartes deduce que dios debe existir.
2. **Prueba gnoseológica** (tomada de Agustín de Hipona). Tengo la “**idea**” de dios, es decir, la “**idea**” de un ser infinitamente perfecto. Tal “**idea**” ha de tener una causa, pues todo cuanto existe tiene una causa. Pues bien, la “**idea**” de dios *no es una idea adventicia*, pues nada hay en la experiencia infinitamente perfecto. Y tampoco puede ser una *idea ficticia*, ya que yo (sustancia finita) *no puedo ser la causa* de algo infinito (**Atención: Descartes no se refiere aquí a dios, sino a “la idea” de dios**). En consecuencia la “**idea**” de dios ha de ser una idea innata, “causada” por el mismo dios en mí.

En conclusión, la idea de dios **es innata** y, por lo tanto, **clara y distinta** (evidente), motivo por el que **dios tiene que existir**. Una vez que Descartes cree haber demostrado la existencia de dios, sólo le queda “**llegar al mundo**”. Si dios existe y es infinitamente perfecto, necesariamente habrá de ser también **bueno** y “**veraz**” (no puede *engañarse* ni *engañarnos*), de modo que no puede permitir que nos equivoquemos, cuando se nos presenta de forma tan clara y

contenidos mentales se refieran a algo fuera de mi mente. Éste es el problema al que se enfrenta Descartes en este momento.

distinta **la existencia de un mundo material y la del propio cuerpo**. Consecuentemente a las **ideas adventicias** les ha de corresponder unas realidades corpóreas.

En cuanto a la **naturaleza de estos cuerpos**, Descartes afirmará que es la **“extensión”**: los cuerpos materiales son “res” o “sustancias” extensas¹⁰.

Tenemos así tres tipos de realidades o sustancias (“res”). Descartes entiende por **sustancia** es *“aquello que existe de tal modo que no necesita de ninguna otra cosa para existir”*. En sentido estricto, sólo dios sería “sustancia” (pues él es el único que puede existir por sí mismo). Pero hablando en sentido amplio, junto a la “sustancia infinita” (dios), habría que distinguir otras dos: las “sustancias pensantes” (“res cogitans”) y las “sustancias extensas” o materiales (“res extensa”).

Apéndice.

Dentro de la “sustancia extensa”, Descartes diferencia (siguiendo a Galileo) entre cualidades primarias y secundarias. Lo único que tiene realidad objetiva en los cuerpos es aquello que percibimos con claridad y distinción, y sólo poseen estas características las **cualidades primarias**, esto es, las cualidades que pueden expresarse matemáticamente: la extensión o volumen, el movimiento y la figura. Estas cualidades existen objetivamente con independencia del sujeto. El resto de cualidades (llamadas **secundarias**), tales como el color, olor, sonido..., no existen objetivamente en las cosas, sino que son apreciaciones subjetivas.



Antropología: el hombre como unión de alma y cuerpo (pensamiento y extensión).

La posición que defiende Descartes acerca de la “sustancia” (*aquello que no necesita de nada para existir*) le lleva a sostener un **dualismo antropológico**. El ser humano es el resultado de la unión de dos sustancias, dos realidades independientes que *no se necesitan* para existir: la res cogitans y la res extensa (según Descartes la distinción entre ambas es algo que percibimos de forma *clara y distinta*).

La res cogitans (el yo) es el centro (y sujeto) de las actividades del alma, actividades que pueden clasificarse en dos grupos: la **percepción** (operación del entendimiento) y la **volición** (operación de la voluntad)¹¹. Así mismo, la res cogitans

es inmortal y se caracteriza por obrar de forma libre, pues no está sometida a las “leyes mecánicas” que gobiernan el universo¹².

En relación a la res extensa, Descartes sostiene una concepción mecanicista de ésta: el cuerpo es una *máquina*, sometida a leyes puramente mecánicas (física), que ha de ser gobernada por el alma.

La relación entre ambas sustancias, sería algo similar a la existente entre un *capitán* y la *nave* que dirige y gobierna. El punto de interacción (o unión) entre ambas sustancias se situaría en el cerebro, concretamente en la “glándula pineal”.

¹⁰ Según Descartes, la única cualidad objetiva de las cosas es la “extensión” (longitud, anchura y profundidad), el resto de cualidades “color”, “olor”... son subjetivas. Por esta razón, la naturaleza de los cuerpos es la extensión.

¹¹ “*Todos los modos del pensamiento, que experimentamos en nosotros, pueden reducirse, en general, a dos: uno es la percepción u operación del entendimiento; el otro, la volición u operación de la voluntad. En efecto, el sentir, el imaginar y el entender puro no son sino diversos modos del percibir, así como desear, rechazar, afirmar, negar, dudar, son distintos modos de querer*” (Principios de filosofía, I).

¹² Descartes defiende que la existencia de la libertad es algo evidente y propio de la res cogitans. Ésta consiste en la capacidad de elegir entre varias opciones que se nos presentan. Dicho esto, pudiera parecer que la libertad es “indiferencia” total ante las diversas opciones. No es así para Descartes. La indiferencia entre diversas opciones a la hora de elegir no implica más libertad, sino todo lo contrario, dado que la indiferencia se debe a la ignorancia. Sólo cuando la razón tiene las ideas claras sobre lo bueno y lo malo, o sobre lo verdadero y lo falso, la voluntad puede elegir con plena libertad.

La ética cartesiana.

Descartes afirma que la relación entre alma y cuerpo no siempre es fácil, dando lugar en ocasiones a una lucha entre las **pasiones** (propias del cuerpo -“res extensa”-) y la **razón** y la **voluntad** (“res cogitans”). Las pasiones pueden darse en forma de *sentimientos* y *emociones* y se caracterizan por ser “involuntarias” (son impuestas por la res extensa) e “irracionales” (puesto que no son acordes con los dictados de la razón).

En sí mismas, las pasiones no son buenas ni malas; pero en no pocas ocasiones, las **pasiones** “presionan” a la “res cogitans”, para obtener satisfacción inmediata o empujándola directamente hacia el mal.

La ética cartesiana se va a centrar en el **control** de las pasiones mediante la **prudencia**. Será la prudencia la que logre que la “res cogitans” se imponga a la “extensa”. La misión de la razón será dar a la voluntad razones y argumentos para que no se deje arrastrar por las pasiones, sino que las controle y encauce.

Para finalizar, Descartes dedica unas líneas a la **“moral”**, una moral, en palabras de nuestro autor, **provisional**, dado que no tiene todavía la posibilidad de demostrar la evidencia de sus contenidos. Dentro de ella, señala una serie de preceptos o reglas¹³:

1. Acatar y obedecer las leyes y costumbres del país, aceptando las enseñanzas de la religión y rigiéndose por las opiniones más moderadas y apartadas de todo exceso.
2. Seguir con decisión las resoluciones tomadas (aunque en el momento de adoptarlas, no pasaran de ser opiniones dudosas y cuestionables)
3. Procurar cambiar aquellas cosas que están en nuestras manos, dejando a un lado todo aquello que nos sobrepasa.



“En fin, como conclusión de esta moral, ocurrióseme considerar, una por una, las diferentes ocupaciones a que los hombres dedican su vida, para procurar elegir la mejor y sin querer decir nada de las de los demás, pensé que no podía hacer nada mejor que seguir en la misma que tenía; es decir, aplicar mi vida entera al cultivo de mi razón y a adelantar cuanto pudiera en el conocimiento de la verdad, según el método que me había prescrito. [...] Habiéndome, pues, afirmado en estas máximas, las cuales puse aparte juntamente con las verdades de la fe, que siempre han sido las primeras en mi creencia, pensé que de todas mis otras opiniones podía libremente empezar a deshacerme...”

(Discurso del Método, Tercera parte).

¹³ *“Por último, como para empezar a reconstruir el alojamiento en donde uno habita, no basta haberlo derribado y haber hecho acopio de materiales y de arquitectos, o haberse ejercitado uno mismo en la arquitectura y haber trazado además cuidadosamente el diseño del nuevo edificio, sino que también hay que proveerse de alguna otra habitación, en donde pasar cómodamente el tiempo que dure el trabajo; así, pues, con el fin de no permanecer irresoluto en mis acciones, mientras la razón me obligaba a serlo en mis juicios, y no dejar de vivir, desde luego, con la mejor ventura que pudiese, hube de arreglarme una **moral provisional**, que no constituía sino en **tres o cuatro máximas**, que con mucho gusto voy a comunicaros.*

La primera fue seguir las leyes y las costumbres de mi país, conservando con firme constancia la religión en que la gracia de Dios hizo que me instruyeran desde niño, rigiéndome en todo lo demás por las opiniones más moderadas y más apartadas de todo exceso, que fuesen comúnmente admitidas en la práctica por los más sensatos de aquellos con quienes tendría que vivir. [...]

Mi segunda máxima fue la de ser en mis acciones lo más firme y resuelto que pudiera y seguir tan constante en las más dudosas opiniones, una vez determinado a ellas, como si fuesen segurísimas [...]

Mi tercera máxima fue procurar siempre vencerme a mí mismo antes que a la fortuna, y alterar mis deseos antes que el orden del mundo, y generalmente acostumbrarme a creer que nada hay que esté enteramente en nuestro poder sino nuestros propios pensamientos, de suerte que después de haber obrado lo mejor que hemos podido, en lo tocante a las cosas exteriores, todo lo que falla en el éxito es para nosotros absolutamente imposible”.

(Discurso del Método, Tercera parte).